



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 203– 3 de enero de 2017

En este número

Te ofrecemos

1. **Ejemplo de tenacidad**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **JxSí y la CUP ocultan el contenido de su ley para la desconexión de España**, *Iva Anguera de Sojo*
3. **Ideas de hoy en viejos libros**, *Manuel Parra Celaya*
4. **«José Antonio solo quiso ser Ministro de Comunicaciones»**, *José M^a García de Tuñón Aza*
5. **Donde dije Diego quise decir Carmena**, *Honorio Feito*
6. **La insostenible levedad del antifranquismo**, *Tomás Salas*
7. **Podemos: un solo partido, un solo líder**, *Casimiro García Abadillo*
8. **Los últimos de Filipinas: Una oportunidad perdida para reivindicar nuestra historia**, *Jesús Ángel Rojo*
9. **Teología de una no creyente en Dios**, *Pilar Rahola*

Ejemplo de tenacidad

Emilio Álvarez Frías

No cejan, no se cansan, la obsesión les hace trabajar incluso cuando el resto de los españoles se toman unos días de asueto y se relajan de las faenas habituales. En la ocupación pública este es uno de los inconvenientes. Para cumplir debidamente con los compromisos contraídos, los juramentos o promesas pronunciados, hay que estar con el ojo abierto las 24 horas del día y los 365 días del año para aplicar las recetas adecuadas a cada caso de enfermedad ciudadana. Y los catalanes sediciosos, que no tienen esas necesidades tan imperiosas, no paran, no cierran el ojo, no pierden momento de estar removiendo su pisto para ir soltando cucharada a cucharada la mezcla elaborada para la consecución de sus propósitos.

Rajoy lo ha dicho claro, con estas u otras palabras: no consentiré la ruptura de España. Pero qué será que estos sediciosos no parece que le escuchen, como no escuchan lo que dicen los tribunales de justicia en sus diferentes instancias, en especial el Tribunal Constitucional con el que tienen que ver muchos de los problemas que crean. Ellos, erre que erre programando su independencia, con una fe inquebrantable. Y el Gobierno, como si no creyera la tozudez de estos alucinados, viajando cotidianamente a entrevistarse con los diferentes personajes de la comedia tratando de convencerles de que no den el paso que falta para convertirlo en tragedia, que sería peor. Pero ni caso.

Ahora retozan con la *Ley para la desconexión de España*, que debe ser algo así como el borrador de su futura Constitución, fijando hojas de ruta, marcando fechas, y preparando toda la parafernalia para alzarse con el triunfo.

El Gobierno, como si no lo tomara en serio, sigue con sus intentos de diálogo, olvidando aquella frase de Winston Churchill que deja claro su concepto de los fanáticos: «Un fanático es alguien

que no puede cambiar de opinión y no quiere cambiar de tema». Los fanáticos que están trabajando en la ley anteriormente indicada, en el Referéndum, en prohibir la lengua española, etc., ni quieren cambiar de opinión ni de tema. Por lo tanto, habrá que adoptar otras medidas más adecuadas para desmontar su tenderete.

La ruptura de España no puede ser consentida porque lo quieran unos iluminados frente al resto de los españoles, lo que dicen las leyes al respecto y las decisiones tomadas por los tribunales de acuerdo con la legislación vigente. Corresponde, pues, responder definitiva y claramente a la ambigua situación que venimos padeciendo desde hace años por falta de decisión de los gobiernos de turno que se han tomado a chacota el asunto. Los españoles piensan como Marco



Tulio Cicerón: «El buen ciudadano es aquel que no puede tolerar en su patria un poder que pretende hacerse superior a las leyes». Sentencia que nos dejó el orador, político, filósofo y abogado Cicerón quien, además, abierto a todas las tendencias, recibió lecciones en Grecia del epicúreo Fedro, del estoico Diodoto y del maestro en oratoria Molón de Rodas. Incluso en el 66 a.C. llegó a Pretor de Roma y llevó a cabo una de las batallas más dramáticas de su carrera: su oposición a la conspiración de Catilina, lo que le da base para opinar con acierto al respecto. Y por España hay muchos buenos ciudadanos que son del mismo criterio.

A pesar de la polución de la que disfrutamos en Madrid y haciendo una higa a las medidas tomadas por las autoridades municipales por su odio a los vehículos de los demás, voy a salir con uno de mis botijos a recrearme callejeando por el casco antiguo de los Austrias. Es uno de los placeres que no siempre es posible. Para este paseo tomo un botijo de la alfarería Robles, de Almería, vidriado en amarillo y con brochazos de otros colores, que tiene la particularidad de contar con tres pitorros de salida. Es un buen ejemplar.

JxSí y la CUP ocultan el contenido de su ley para la desconexión de España

Iva Anguera de Sojo *(El independiente)*

Junts pel Sí (JxS) y la CUP han anunciado hoy, a través de un comunicado, que han alcanzado «un acuerdo político global» sobre la ley de transitoriedad jurídica, que busca amparar el referéndum en 2017 y permitir «desconectar» la «República» catalana del marco legal español. La ley de transitoriedad jurídica –que es una de las tres leyes de «desconexión» del Estado, junto a la de hacienda pública y la de seguridad social catalana– define Cataluña como una «República de derecho, democrática y social».

Con el anuncio de hoy, JxS salva otra de las fechas límite fijadas por la CUP para mantener su apoyo al gobierno de Carles Puigdemont: presentar antes de finalizar el año la ley de transitoriedad jurídica, la más importante y delicada de las llamadas «leyes de desconexión» en el léxico independentista. El acuerdo, sin embargo, se ha cumplido a medias, puesto que ambos grupos se han limitado a anunciar el acuerdo y algunos de sus elementos más esenciales, sin presentar el texto.



La explicación ante tanto secretismo no es otra que el temor a que el nuevo proyecto de ley sea anulado por el Tribunal Constitucional, como ya ha sucedido con las ponencias de las leyes de desconexión, impugnadas por los grupos de C's y el PSC en el Parlament.

En su escueto comunicado, JxS y la CUP explican simplemente que el acuerdo es fruto de seis meses de discretas negociaciones. Unos trabajos que se iniciaron el pasado julio, cuando el tándem Puigdemont-Junqueras vio como la CUP tumbaba sus primeros presupuestos y el presidente se puso manos a la obra para negociar a fondo con el sector de los anticapitalistas más reacio al acuerdo. Es decir, el que lideran Anna Gabriel y Eulalia Reguant.

Fruto de esas negociaciones es la nueva hoja de ruta independentista que Puigdemont fijó el pasado septiembre en el Parlament con su moción de confianza: leyes de desconexión, referéndum unilateral y, si gana la independencia, elecciones constituyentes en marzo de 2018.

Dar amparo legal al referéndum unilateral

El texto acordado hoy tiene dos grandes objetivos: dar amparo legal a la celebración de un referéndum unilateral, en el previsible caso de que no se alcance un acuerdo con el Gobierno en esta materia; y evitar el vacío legal entre la declaración de independencia, si esta opción gana el referéndum, y la aprobación de una nueva legislación catalana. Por ello, la tesis en la que se mueven los independentistas es la de aprobar sólo una parte de la nueva ley el próximo julio, para dar amparo al referéndum, y dejar el resto del texto a la espera del resultado de la consulta.

Pese al secretismo con el que JxS y la CUP han gestionado este texto, ya han trascendido algunos aspectos, como el artículo 1 que define la futura Cataluña independiente como «una República de derecho, democrática y social». Y argumentos fundamentales para la campaña independentista, como el hecho de asegurar que las pensiones estarán garantizadas gracias a esta ley, como se han encargado de destacar hoy en algunos ámbitos. Se trata, en resumidas cuentas, de rebatir los argumentos en contra de la independencia, y el de la inseguridad jurídica es uno de los más poderosos.

El texto sobre el que trabajan los grupos independentistas contiene un preámbulo, ocho epígrafes y unas «disposiciones finales y de inaplicación». En concreto, el primer epígrafe que desarrollará la ley se refiere a las «disposiciones generales, nacionalidad y territorio», el segundo alude a la «sucesión de ordenamientos y administraciones» y en el tercero se regulan «los derechos y los deberes» de los ciudadanos. El cuarto punto desarrolla el «sistema institucional» de una eventual «República» catalana, el quinto se centra en el «poder judicial y la administración de justicia», el sexto habla de «las finanzas», el séptimo establece el marco normativo para la celebración de un «referéndum de independencia», mientras que el octavo aborda el «proceso constituyente».

Según el comunicado emitido hoy, la ley «dota y habilita a las instituciones públicas catalanas de las herramientas para el ejercicio del derecho a la autodeterminación, de acuerdo con la voluntad mayoritaria de la sociedad catalana». «Junts pel Sí y la CUP están trabajando a fin de incorporar el mayor número de fuerzas políticas en la preparación y convocatoria del referéndum de independencia», señala el comunicado, por lo que este epígrafe «se encuentra pendiente de concretar».

Ideas de hoy en viejos libros

Manuel Parra Celaya

De vez en cuando sucumbo a la tentación de repasarme libros leídos y casi olvidados de mi copiosa biblioteca y dejar de retén el rimero, también considerable, de las últimas adquisiciones pendientes de lectura. No creo que ello obedezca al mismo criterio del Borges anciano acerca de que, por su ceguera física, *seguía leyendo en la memoria, leyendo y transformando*, textos de otras épocas; por el contrario, estoy permanentemente abierto a nuevas aportaciones bibliográficas, en la firme convicción de que el pensamiento humano –a pesar de las apariencias– no se ha detenido y avanza. Por otra parte, me suele acontecer que

ideas que aún conservan el olor a tinta de su reciente publicación refrendan íntimas convicciones.

Hace pocos días rescaté de un anaquel el *Abel en tierra de Caín*, de José M^a Fontana Tarrats, título que seguro no dirá nada a lectores más jóvenes que yo. Del autor se podría escribir mucho, pero aquí me limito a reseñar algunos datos significativos: nacido en 1911 en Reus –esa bonita ciudad cuyos vecinos sostienen, con graciosa petulancia, que tiene un barrio marítimo llamado



Tarragona– fue uno de esos catalanes inteligentes y vitalistas, y por ello silenciados por el establishment nacionalista; afiliado a Falange Española, intervino en los hechos de Salamanca en el 37 y combatió en la 1^a Centuria *Virgen de Montserrat*, allá por las tierras burgalesas de Espinosa de los Monteros, donde aún existen la fuente y la Cruz de los catalanes y la imagen de *La Moreneta* ocupa una hornacina en su parroquia; ocupó diversos cargos en los años 50 y 60, colaboró en la revista *Destino* y escribió abundantes libros; entre ellos destacan una apretada biografía en *Dos trenes se cruzan en Reus* y, sobre todo, *Los catalanes*

en la guerra de España, del que alguien dijo que debería figurar como libro de texto en todos los colegios y cuya primera edición conservo como un tesoro.

Tuve el honor de sostener con Fontana una intensa correspondencia en los primeros años de la Transición y lo conocí personalmente, con su impresionante estatura física de 1,90 y su excelente discernimiento de las cosas públicas, en una entrevista en su domicilio madrileño, ante sendas copas de excelente vino de Ávila, previas disculpas por su parte porque no era del Priorato. Falleció en 1984, y solo me restó enviar una carta de pésame a sus familiares, transmitiéndoles mi aprecio y admiración por la figura que había desaparecido, con quien tuve tan tardía amistad.

A lo que vamos: *Abel en tierra de Caín* no es, según confesión del autor, una obra académica ni una digresión bizantina, sino un lúcido ensayo histórico y actual acerca de las posibles implicaciones de dos cuestiones permanentes contenidas en el *problema de España*: el problema agrario y el separatismo; escrito en 1968, viene a ser un análisis de la relación entre antropología hispánica, geoclimatología, historia y filosofía política; contiene en sus páginas un mensaje de esperanza sustentado en la validez de la síntesis, generosa y abierta, entre unidad y variedad españolas, tan cara a los catalanes con *seny* y que debería serlo para el resto de españoles, y en la actualización de la teoría del *proyecto de vida en común* o de la *comunidad de destino*, orteguiana y joseantoniana. El *Abel...* viene a ser, para su autor, una puesta en día, ampliada, corregida y llevada a otra época, de otro libro suyo, *Destino y constitución de España*, escrita en edad más juvenil; la madurez ha vencido a la posible utopía, pero sin lastre alguno de escepticismo.

Me ha llamado la atención un párrafo –no se olvide, escrito hace casi cincuenta años– que me ha resultado extraordinariamente atractivo en este momento de euroescepticismos, en el que da la impresión de que naufraga la *conciencia europea*, paso previo e imprescindible a tantas cosas, como la ciudadanía, la ilusión y la defensa comunes; dijo así Fontana:

Por último, no se nos oculta que el sistema de unidad y variedad que acabamos de esbozar es técnicamente aplicable o argumentable para justificar la existencia de Europa como nación. Forzoso es reconocer que a la escala continental se dan, muy claramente, las oposiciones entre países del norte y países del sur, entre los de occidente y los de oriente, así como núcleos de variedades potenciales, en torno de la gran llanura central de Francia, Alemania y Países Bajos,

esquema que parece reproducir la anatomía del pequeño modelo español. ¿Se logrará ahora lo que fracasó siempre desde Carlomagno a Hitler, pasando por Carlos V y Napoleón? Mas, ¿no será Europa heredera directa de un sistema de naciones inconciliables como fue Grecia?

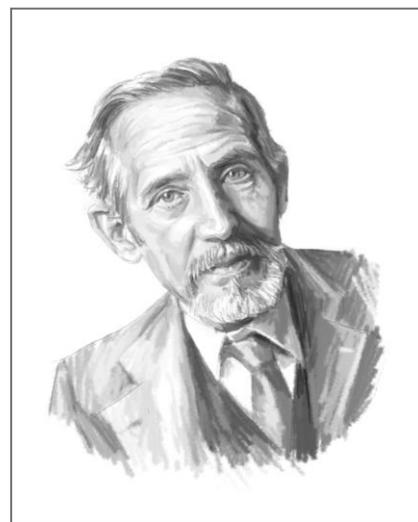
Como he dicho al principio, muchas ideas que parecen novedosas en nuestros días suelen corroborar añejas convicciones, y, en consecuencia, opiniones que pasan por descubrimientos de hoy se sustentan en afirmaciones clásicas. Tal es el concepto de España. Y tal es el concepto de Europa.

«José Antonio solo quiso ser Ministro de Comunicaciones»

José M^a García de Tuñón Aza

Este es el título de un artículo que, según el escritor catalán Joan Llarch, el periodista Augusto Assía publicó en *La Vanguardia* de Barcelona. Cuenta Llarch, en el libro *Resistir es vencer*, dedicado a quien fue presidente de la República en los años de la Guerra Civil, Juan Negrín, que el periodista Assía tuvo en Méjico una entrevista con Indalecio Prieto quien le habló de los manuscritos de José Antonio que, como todos sabemos, estaban, al menos parte de ellos, en poder del socialista. Éste preguntó al periodista si estaba enterado de la existencia de esos papeles, cosa que Assía dice que ni tan siquiera había nunca oído hablar de ellos. Prieto abrió la maleta y en ella «apareció algo revuelta, toda la ropa que, indudablemente, sus hermanas le habían enviado con amor a José Antonio». También los papeles en bastante desorden, como el manuscrito de una novela, la lista de un Gobierno de reconciliación con que desde la cárcel el fundador de Falange «trató de evitar la guerra civil». Había escritos de futuros discursos y varias notas con las que «José Antonio se había ayudado a su hábil y práctica defensa, que de poco le sirvió al pobre».

Y Joan Llarch que participó en la batalla del Ebro con el ejército republicano, de la que salió vivo, pero cautivo porque tuvo que pasar por los campos de concentración, que es autor, entre otros, de un libro dedicado al anarquista Durruti de quien dice que su muerte «probablemente, seguirá siendo un enigma hasta que quien sea, con el paso de los años, revele la sencilla y escueta verdad sobre el final de un hombre convertido en mito». Precisamente el pasado día 22 de noviembre, organizado por Instituto CEU de Estudios Históricos, hubo una mesa redonda con el título *José Antonio y Durruti muertes paralelas. 80 aniversario*. En ella participaron, según he leído, Rafael Sánchez Saus, moderador y ex rector de la Universidad CEU San Pablo, José Antonio Martín Otín «Petón», escritor y periodista, José María Núñez Rivero, profesor titular de la UNED, y Luis E. Togores, secretario del Instituto CEU de Estudios Históricos. Aunque estos nombres no componían la mesa de quien, según el criterio del periodista, que fue Jefe Nacional de FE-JONS, Gustavo Morales, «hubiera elegido». No ha dicho, que yo sepa, los que hubiera elegido él.



Después de este largo paréntesis, quería volver a Joan Llarch que escribió, con mucho acierto, que «nada podía salvar de la muerte a José Antonio, porque estaba condenado de antemano al Consejo de Guerra que le sentenció. Le había condenado a muerte una trayectoria política e ideológica inasimilable para cada una de las partes que se proponían armonizar el bien de España». José Antonio, lo recoge también Llarch, había declarado «...yo no soy de derechas como la gente cree, en absoluto. Tanto es así que, puestos a escoger entre la obra reaccionaria y la obra revolucionaria actuales en España, prefiero, sin ningún asomo de dudas, a los sindicalistas [...] Los partidos de derechas manejan un vocabulario patriótico, pero están llenos de

mediocridad, de pesadez, y les falta la decisión auténtica de remediar las injusticias sociales [...] La izquierda es, en el fondo, el deseo subvertir una organización económica, aunque al subvertirla se arrastren muchas cosas».

Finalmente, critica al anarquista intelectual Diego Abad de Santillán por no haber declarado en noviembre de 1936 lo que después, en 1940, expresó en su libro *Por qué perdimos la guerra*: «...los españoles de esa talla, patriotas como él, no son peligrosos ni siquiera en las filas enemigas. Pertenecen a los que reivindican a España y sostienen lo español, aun desde campos opuestos, elegidos equivocadamente como los más adecuados a sus aspiraciones generosas. ¡Cuánto hubiera cambiado el destino de España si un acuerdo entre nosotros hubiese sido técnicamente posible, según los deseos de Primo de Rivera».

En opinión de Joan Llach, si éstas palabra, como he referido anteriormente, las hubiera escrito antes del asesinato de José Antonio, cuando era de justicia haberlas hecho públicas a la clase obrera de base y de ideología sindicalista, no se hubiera producido la ejecución.

Donde dije Diego quise decir Carmena

Honorio Feito

Observo que los españoles nos hemos convertido en personajes ajenos al sentido común. Nos rayamos, como dirían los jóvenes, por todo, o casi todo. Cuando es la izquierda la que sacude, los hay que buscan referencias similares en la derecha para equilibrar las culpas, para que ninguna de las dos opciones parezca salvadora ante la oponente, que es una forma de no reconocer las pocas veces que uno u otro aciertan, como si esto endulzara los errores. Se rebotan hasta los rebotados perennes, o sea, aquellos ajenos al sistema, por descontentos, que prefieren mantenerse al margen pero que no pueden evitar participar en el linchamiento, sea cual fuere el sacrificado.

Se pueden buscar referencias en las hemerotecas, en la Biblioteca Nacional, en la National de Londres, en la de Alejandría o el la del Vaticano, cuyos secretos –aseguran– podrían llegar a cambiar el curso de la Historia (personalmente, creo que el curso de la Historia no lo cambia el contenido de ninguna biblioteca precisamente, aunque ayudaría). Los responsables del Ayuntamiento de Madrid han tomado una decisión, que se ha puesto en práctica el día 29 de diciembre de 2016, día penúltimo del año en curso, difícilmente justificable. Cuando las grandes capitales europeas desestiman estas medidas de reducir el tráfico rodado, como solución para



disminuir la contaminación ambiental por su ineficacia, estos ediles la proponen en fechas críticas. Y son fechas críticas no por los niveles de contaminación, sino por la época en que se han tomado la drástica medida. O sea, reducir el tráfico a la teórica mitad de vehículos parece que, según los expertos, no ayuda nada a resolver esto de la contaminación. Otra cosa sería controlar, por ejemplo, las calefacciones pero ahí, la medida es más crítica. Con eso no se atreverán.

Los responsables del Ayuntamiento de Madrid tardaron apenas unas horas en suspender cautelarmente la prohibición, con lo que el día siguiente viernes, ya pudieron circular todos los vehículos sin distinción de que su matrícula terminara en par o en impar. Deduzco que asumen la metedura de pata, porque de lo contrario, no tiene sentido ni una ni otra decisión. Si los niveles de contaminación hacen aconsejable prohibir la circulación de la mitad de vehículos, en un día es imposible que este hecho sea suficiente para aliviar el problema. El asunto es que el día siguiente de entrar en vigor la polémica decisión del equipo de la señora Carmena era viernes,

último día laboral, previo a la Nochevieja, muchos madrileños salían de Madrid para celebrar la despedida del año en otros lugares y a ver quién era el guapo, o la guapa, que les obligaba a quedarse en casa sin poder sacar su coche del garaje para iniciar el viaje. Análogamente, a ver quién era el moderno, el listo, el sabelotodo, que les impediría regresar el lunes, por ejemplo, que muchos habían previsto el regreso de sus mini vacaciones de fin de año.

Las decisiones tomadas por el equipo de la señora Carmena perjudican claramente a un sector de la sociedad. El más vulnerable y el más sufrido, que es de la clase media para abajo. Porque, aquellos que viven en el barrio de Salamanca, por poner un ejemplo, o en La Moraleja, suelen tener varios coches y el chófer (el mecánico, como llamaban) primero llevará al señor al despacho, y luego a la señora a tomar el brunch con sus amigas en Embassy, sin problemas... Pero los que viven fuera de la ciudad y tienen su trabajo en Madrid, o los que viceversa, viven en Madrid y trabajan fuera y sólo disponen de un coche, se tienen que buscar la vida y resolver dentro de sus limitaciones. Éstos, que son la mayoría, y los autónomos son los damnificados por esta medida arbitraria.

Cuando alguien en la cadena de mando, que es lo que es un cargo público, dispone una actuación no basta con firmar la orden; tiene que haber estudiado sus efectos, debería haber calibrado las consecuencias y –es de obligada competencia– tendría que haber ofrecido alternativas válidas, como disponer de los transportes públicos gratuitos para todos los ciudadanos que no pueden utilizar sus propios automóviles esos días, sin ir más lejos.

Los que buscan en los archivos declaraciones de los líderes del otro partido, para compararlas, para ver con malicia si éstos, hoy en la suplencia, habrían hecho lo mismo ante una situación semejante, engañan a los españoles, en este caso a los madrileños, porque nos muestran las intenciones, pero ocultan las consecuencias. Menos buscar en las hemerotecas y más asumir que cada palo aguante a su propio mochuelo, en lugar de convertir en gallinero esta parte del prado. Aquí, si hay culpables, estos son los que gobiernan el Ayuntamiento de Madrid y los socialistas, con Carmona a la cabeza –por culpa de Sánchez– que son los que les dieron la oportunidad de hacerlo. Los demás están de sobra.

La insoportable levedad del antifranquismo

Tomás Salas

El diario *ABC* está sacando semanalmente a la luz documentos sobre una conspiración monárquica contra Franco en 1948 (diciembre 2016). Los partidarios de Don Juan piensan que, después de victoria aliada y la derrota de las naciones que apoyaron al bando nacional en la guerra, es el momento propicio para un cambio democrático en España, que supondría una restauración monárquica, apoyado por la comunidad internacional. Ese grupo que rodea y apoya a Don Juan constituye una elite en el amplio sentido de la palabra: gente bien situada social, económica y académicamente. Algunos – Pemán, Jesús Pabón, Saíenz Rodríguez– eran eximios intelectuales. Este selecto grupo tiene una situación especial con respecto al régimen franquista. Se les supone críticos al sistema, pero esto no les impide (con la excepción de los exiliados como Saíenz Rodríguez o Vegas Latapie), cómodamente en él y ocupar posiciones destacadas. Son directores de empresas, de periódicos, profesores universitarios, académicos, generales; algunos, como Areilza, políticos en activo. Pemán, escritor al que admiro, es un claro ejemplo de esta ambivalencia: era incuestionablemente monárquico, pero,



¿antifranquista? En el fondo, todos tienen una deuda de gratitud, confesada o no, con el franquismo. Sin su victoria, su mundo y lo que representa hubiera sido barrido del mapa. Lo mismo puede decirse de los católicos españoles que hubieran sufrido un verdadero holocausto con la victoria del bando republicano.

Hay otro factor aún más decisivo, que reduce a dimensiones exiguas la capacidad operativa de esta oposición: no cuentan con un apoyo social mínimo. Pero, ¿es que en España no había conservadores, monárquicos, gente de pensamiento tradicional? Por supuesto que los había, pero la gran mayoría están cómodos en el Régimen y un posible cambio les produce más vértigo que ilusión.

Algo parecido puede decirse de las gestiones realizadas por los monárquicos junto a los socialistas, encabezados por Gil Robles y Prieto, en el llamado Pacto de San Juan de Luz (agosto de 1948). Pedían la celebración de plebiscito, que definiera el sistema político español, auspiciado por EEUU, Francia e Inglaterra. Por supuesto, en plena Guerra Fría, cuando Stalin extiende su poder por media Europa, EEUU no está pensando en quitar de en medio a un seguro bastión anticomunista como Franco, para dar paso a una situación de imprevisibles consecuencias. Ya tienen EEUU y sus aliados bastantes frentes abiertos con la URSS. Esta oposición no cuenta ni con el interés de las grandes potencias ni con el apoyo popular. ¿Qué significaban nombres de políticos como Gil Robles o Prieto para la mayoría de los españoles? Pienso que un pasado más digno de olvido que de reinstauración. Años después Gil Robles intenta hacerse un hueco en la nueva España democrática y el electorado le ignoró olímpicamente.

Los intentos de esta oposición antifranquista tienen olor a gabinete cerrado; a conjuras de café que nos recuerdan a esas conspiraciones decimonónicas descritas por Galdós. No pasaron más allá de su entorno inmediato.

Franco, que estaba puntualmente informado de todo, quizá nunca se sintió preocupado, aunque sí importunado. En estos mismos años somete a referéndum la Ley de Sucesión (1947) y se reúne con Don Juan en la famosa entrevista del yate Azor (agosto de 1948) para decidir la venida del príncipe Juan Carlos a España. Sigue con su plan (detrás del cual están la mente privilegiada de López Rodó y la pericia política de Carrero), con ese estilo rectilíneo y discreto que siempre le caracterizó. Franco sigue con su peculiar plan de restauración monárquica, sin contar para nada con los monárquicos, que seguían en el limbo, en su insoportable levedad.

Podemos: un solo partido, un solo líder

Casimiro García Abadillo (El Independiente)

No. La polémica pública no beneficia a Podemos. Y, sobre todo, a su líder. El pulso interno en el partido ha dañado la imagen y el prestigio de Pablo Iglesias. La consulta sobre el sistema de votación de cara al Congreso de febrero reveló que Íñigo Errejón, su número dos, le pisa los talones, que las diferencias entre ambos, en términos cuantitativos, son mínimas. Pero después, tras los mensajes pacificadores y de unidad, llegó la defenestración de José Manuel López (ratificada hoy en la Asamblea de Madrid) y cuyas causas han sido explicadas por su sucesora, Lorena Ruiz-Huerta, en una entrevista a *eldiario.es*: «Defiende un modelo más vertical, tecnocrático y subordinado al trabajo institucional».



La decisión de Ramón Espinar de prescindir de López (las causas de su caída servirían para borrar de un plumazo a todo el *errejonismo*) levantó una oleada de protestas de conocidos

errejonistas en las redes sociales, contestadas por el *inner circle* de Iglesias (Montero, Mayoral, Echenique) con un *hashtag* suficientemente explícito: #IñigoAsíno. La disputa, según la interpretación de la mayoría de los medios, a quien más ha perjudicado ha sido al secretario general de Podemos. Entonces, llegó el comandante y mandó parar.

El vídeo lanzado en su cuenta de Twitter por Iglesias, con el fin de «contener» las disputas internas en público, revela toda una concepción de la política, que le retrata como un populista químicamente puro. Se apoya el líder de Podemos para difundir su mensaje en un vídeo grabado



con anterioridad al que se ha superpuesto un mensaje de *whatsapp* enviado por Teresa Torres, que se presenta así misma como «la abuela de Podemos». La pieza no tiene desperdicio. Teresa –el pueblo– le pide a Pablo –el líder– que se «dejen de líos», que no hay por qué dar tres cuartos al pregonero con peleas internas sin sentido. Eso sí, ella deja bien claro quién debe mandar en Podemos: «Indiscutiblemente, Pablo Iglesias es el líder. Tiene esa fuerza, ese poder...». Queda un poco raro que en un mensaje que,

supuestamente, se remite a una persona se hable de ella en tercera persona, como si se supiera que iba a ser posteriormente transmitido *urbi et orbi* por su destinatario.

La *abuela de Podemos* concluye su alocución con una confesión de principios: «Podemos es mi partido, soy yo y mi familia». «El partido lo es todo, y fuera del partido no hay salvación posible», decían los viejos comunistas. En un corte posterior, Teresa Torres remacha: «Mi marido y yo sabemos que eres el que tiene que estar» (dirigiéndose, naturalmente, a Iglesias).

Pertrechado en el *whatsapp* de Teresa, el líder de Podemos, desde la atalaya del que se sabe indiscutible, a imagen y semejanza de Hugo Chávez, como un pequeño aprendiz de Fidel Castro, hace acto de contricción. «Perdonadme por haceros pasar esta vergüenza», lamento que se repite como una letanía a lo largo de su larga y lacrimógena carta (a Teresa le ha confesado que también lloró con su *watsapp*), lectura que se ameniza con imágenes de manifestaciones y concentraciones multitudinarias en las que él siempre está presente. «Os pido que os contengáis... Se lo debemos a Teresa».

En el montaje audiovisual, no se ha dejado nada a la improvisación. Cuando se despide, Iglesias no lo hace como «compañero Pablo», sino como «vuestro secretario general». Por si alguien tenía alguna duda de que la petición de cese de hostilidades no se trata de una sugerencia, sino de una orden.

Los últimos de Filipinas:

Una oportunidad perdida para reivindicar nuestra Historia

Jesús Ángel Rojo

España fue agredida gratuitamente por EE.UU, quién incluso atentó contra sus propios soldados para buscar una excusa para declarar la guerra a nuestro país.

La película «Los últimos de Filipinas» había creado una gran expectación en una sociedad como la española que quiere, de una vez por todas, que nuestro cine esté a la altura de las circunstancias y recupere las grandes gestas de nuestros antepasados. Pero de nuevo, nos hemos quedado con las ganas de que una producción patria reivindique a nuestros héroes y, sobre todo, la historia de nuestro pueblo.

Es lamentable ver como el propio director de la película, Salvador Calvo, define la acción heroica de «Los últimos de Filipinas» como una «gesta absurda» de un grupo de soldados que estuvieron peleando durante «un año entero» en el sitio de Baler (Filipinas) sin saber que la guerra se había resuelto tras el pago de 20 millones de dólares.

Calvo ridiculiza a nuestros héroes comparando tan grande hazaña con una «gesta absurda». Es lamentable que la mente de este señor no comprenda lo que defendían aquellos soldados. Aquellos héroes fueron los que defendieron en una situación límite el honor y la memoria de todos aquellos que murieron por España en tierras lejanas. Aquellos héroes recordaron al mundo por qué nuestra nación forjó uno de los mayores imperios conocidos por el hombre. Y aquellos héroes fueron quienes ante tan amarga derrota como la que sufrimos en la guerra de



Dibujo de la época que en el que se representa una ofensiva filipina, vista desde fuera, en la defensa de la Iglesia de Baler (Filipinas), en la que se encerró un destacamento de Cazadores del Ejército español, sufriendo un asedio de 335 días.

Cuba y Filipinas dieron esperanzas a un pueblo como el español que en aquellos momentos vivía una auténtica tragedia nacional, llevando un halo de esperanza a una sociedad que buscaba una luz en el oscuro túnel de la derrota y el deshonor. En definitiva, señor Calvo, los últimos de Filipinas pasarán a la historia de nuestra nación como aquellos paladines que defendieron de forma bizarra el honor de todos los españoles que tras ser pisoteado y maltratado por la páfida agresión de los EE.UU, pudieron recuperar realizando una hazaña que ha pasado a los anales de la Historia de España.

Pero las humillaciones a los últimos de Filipinas no terminan aquí. Por otro lado, el actor Luis Tosar, quien interpreta de forma magistral al teniente Martín Cerezo, realizó el día del estreno las siguientes declaraciones: «cualquier ciudadano que se sienta abandonado» se podría ver reflejado en «Los últimos de Filipinas», puesto que «la situación actual es de desencanto respecto a la clase política» y también hay una «sensación de olvido y de abandono». Hay que ser muy retorcido para buscar semejanzas entre lo que vivieron los últimos de Filipinas y la situación actual. Y así, una película que tenía que ser un homenaje a 57 españoles que resistieron heroicamente durante 337 días un terrible asedio (causando más de 700 bajas en el ejército filipino), se convierte de una forma torticera en un mensaje al público de lo absurdo que es defender nuestra patria y luchar por ella.

Pero no todo termina aquí y el broche final al despropósito lo pone Karra Elejalde, que interpreta a un fraile franciscano, quien ha resaltado el carácter antibelicista de esta película. Y en un akelarre de imbecilidad, celebra que actualmente solo a quienes les gusta «dar o recibir órdenes» pueden estar en esta situación. Las miserables declaraciones de Karra Elejalde son un insulto y menosprecio a nuestra Fuerzas Armadas que luchan cada día dentro y fuera de nuestras fronteras para defender nuestra libertad y la integridad nacional y sobre todo una ofensa a todos los españoles que dieron su vida por defender España.

A toda esta panda de acomplejados que les gusta mezcla el tocino con la velocidad habría que recordarles que España fue agredida gratuitamente por EE.UU, quién incluso atentó contra sus propios soldados para buscar una excusa para declarar la guerra a nuestro país. Si buscan argumentos antibelicistas búselos en quien provocó la guerra y no en España, que estaba en su legítimo derecho de defender sus territorios de una agresión miserable y totalitaria.

En definitiva, si creen que van a ver los últimos de Filipinas y se van a encontrar con una película como «El Patriota» están muy equivocados. Verán como una cuadrilla de directores y actores acomplejados destruyen la leyenda de los últimos de Filipinas.

Teología de una no creyente en Dios

Pilar Rahola

Por lo paradójico que resulta, traemos a estas páginas el texto del pregón pronunciado por Pilar Rahola, con motivo del Domund, ante las autoridades eclesiásticas y civiles de Barcelona. Sin duda la señora Rahola se mueve en una teología muy personal, y quienes la encomendaron el pregón disfrutaron de una gran liberalidad.

No puedo empezar este pregón sin compartir los sentimientos que, en este preciso momento, me tienen el corazón en un puño. Estoy en la Sagrada Familia, donde, como decía el poeta Joan Maragall, se fragua un mundo nuevo, el mundo de la paz. Y estoy aquí porque he recibido el inmerecido honor de ser la pregonera de un grandioso acto de amor que, en nombre de Dios, nos permite creer en el ser humano. Si me disculpan la sinceridad, pocas veces me he sentido tan apelada por la responsabilidad y, al mismo tiempo, tan emocionada por la confianza.

No soy creyente, aunque algún buen amigo me dice que soy la no creyente más creyente que conoce. Pero tengo que ser sincera, porque, aunque me conmueve la espiritualidad que percibo en un lugar santo como este y admiro profundamente la elevada trascendencia que late el corazón de los creyentes, Dios me resulta un concepto huidizo y esquivo. Sin embargo, esta dificultad para entender la divinidad no me impide ver a Dios en cada acto solidario, en cada gesto de entrega y estima al prójimo que realizan tantos creyentes, precisamente porque creen. ¡Qué idea luminosa, qué ideal tan elevado sacude la vida de miles de personas que un día



deciden salir de su casa, cruzar fronteras y horizontes, y aterrizar en los lugares más abandonados del mundo, en aquellos agujeros negros del planeta que no salen ni en los mapas! ¡Qué revuelta interior tienen que vivir, qué grandeza de alma deben de tener, mujeres y hombres de fe, qué amor a Dios que los lleva a entregar la vida al servicio de la humanidad! No imagino ninguna revolución más pacífica ni ningún hito más grandioso.

Vivimos tiempos convulsos, que nos han dejado dañados en las creencias, huérfanos de ideologías

y perdidos en laberintos de dudas y miedos. Somos una humanidad frágil y asustada que camina en la niebla, casi siempre sin brújula. En este momento de desconcierto, amenazados por ideologías totalitarias y afanes desaforados de consumo y por el vaciado de valores, el comportamiento de estos creyentes, que entienden a Dios como una inspiración de amor y de entrega, es un faro de luz, ciertamente, en la tiniebla.

Hablo de ellos, de los misioneros, y esta palabra tan antigua como la propia fe cristiana –no en vano los cristianos empezaron a salir de su tierra, para ir a la tierra de todos, desde los principios de los tiempos–, esta palabra, decía, ha sido ensuciada muchas veces, arrastrada por el fango del desprecio. Es cierto que los misioneros tienen un doble deseo, una doble misión: son portadores de la palabra cristiana y, a la vez, servidores de las necesidades humanas. Es decir, ayudan y evangelizan, y pongo el acento en este último verbo, porque es el que ha sufrido los ataques más furibundos, sobre todo por parte de las ideologías que se sienten incómodas con la solidaridad, cuando se hace en nombre de Cristo. De esta incomodidad atávica, nace el desprecio de muchos.

Es evidente que las críticas históricas a determinadas prácticas en nombre de la evangelización son pertinentes y necesarias. Estoy convencida, leyendo el Nuevo Testamento, de que el mismo

Jesús las rechazaría. Pero no estamos en la Edad Media, ni hace siglos, cuando, en nombre del Dios cristiano, se perpetraron acciones poco cristianas.

Desgraciadamente, el nombre de todos los dioses se usa en vano para hacer el mal, y este hecho tan humano tiene muy poco que ver con la idea trascendente de la divinidad. Pero, al mismo tiempo, hay que poner en valor la entrega de miles y miles de cristianos que, a lo largo de los siglos, han hecho un trabajo de evangelización, convencidos de que difundir los valores fraternales, la humildad, la entrega, la paz, el diálogo, difundir, pues, los valores del mensaje de Jesús, era bueno para la humanidad. Si es pertinente hacer proselitismo político, cuando quien lo hace cree que defiende una ideología que mejorará el mundo, ¿por qué no ha de ser pertinente llevar la palabra de un Dios luminoso y bondadoso, que también aspira a mejorar el mundo? ¿Por qué, me pregunto –y es una pregunta retórica–, hacer propaganda ideológica es correcto, y evangelizar no lo es? Es decir, ¿por qué ir a ayudar al prójimo es correcto cuando se hace en nombre de un ideal terrenal, y no lo es cuando se hace en nombre de un ideal espiritual? Y me permito la osadía de responder: porque los que lo rechazan lo hacen también por motivos ideológicos y no por posiciones éticas.

Quiero decir, pues, desde mi condición de no creyente: la misión de evangelizar es, también, una misión de servicio al ser humano, sea cual sea su condición, identidad, cultura, idioma..., porque los valores cristianos son valores universales que entroncan directamente con los derechos humanos. Por supuesto, me refiero a la palabra de Dios como fuente de bondad y de paz, y no al uso de Dios como idea de poder y de imposición. Pero, con esta salvedad pertinente, el mensaje cristiano, especialmente en un tiempo de falta de valores sólidos y trascendentes, es una poderosa herramienta, transgresora y revolucionaria; la revolución del que no quiere matar a nadie, sino salvar a todos.

Permítanme que lo explicito una manera gráfica: si la humanidad se redujera a una isla con un centenar de personas, sin ningún libro, ni ninguna escuela, ni ningún conocimiento, pero se hubiera salvado el texto de los Diez Mandamientos, podríamos volver a levantar la civilización moderna. Todo está allí: amarás al prójimo como a ti mismo, no robarás, no matarás, no hablarás en falso...; ¡la salida de la jungla, el ideal de la convivencia! De hecho, si me disculpan la broma, solo sería necesario que los políticos aplicaran las leyes del catecismo para que no hubiera corrupción ni falsedad ni falta de escrúpulos. El catecismo, sin duda, es el programa político más sólido y fiable que podamos imaginar.

Y de la idea menospreciada, criticada y tan a menudo rechazada de la evangelización, a otro concepto igualmente demonizado: el concepto de la caridad. ¿Cuántas personas de bien que se sienten implicadas en la idea progresista de la solidaridad, y alaban las bondades indiscutibles que la motivan, no soportan, en cambio, el concepto de la caridad cristiana? Y uso el término con todas sus letras: caridad cristiana, consciente de cómo molesta esa motivación en determinados ambientes ideológicos. Sin embargo, esta idea, que personalmente encuentro luminosa, pero que otros consideran paternalista e incluso prepotente, ha sido el sentimiento que ha motivado a millones de cristianos, a lo largo de los siglos, a servir a los demás. Y cuando hablamos de los demás, hablamos de servir a los desarraigados, a los olvidados, a los perdidos, a los marginados, a los enfermos, a los invisibles. ¡Quiénes somos nosotros, gente acomodada en nuestra feliz ética laica, para poner en cuestión la moral religiosa, que tanto bien ha hecho a la humanidad! La caridad cristiana ha sido el



sentimiento pionero que ha sacudido la conciencia de muchos creyentes, decididos a entregar la vida propia para mejorar la vida de todos.

Y no me refiero solo a los misioneros actuales, a los más de quinientos catalanes, o a los casi trece mil de todo el Estado, repartidos por todo el mundo, allí donde hay necesidad más extrema, sino también a aquellos lejanos cristianos que, por amor a su fe, protagonizaron gestas heroicas. ¿Qué podemos decir, por ejemplo, de los mercedarios que se intercambiaban por personas que estaban presas en tierras musulmanas, como acto sublime de sacrificio propio, en favor de los demás? El mismo ideal espiritual que motivaba a san Serapión a ir hasta el Magreb, entrar en la prisión de un sultán y liberar a un desconocido, convencido de que aquel acto de amor era un tributo a Dios, es el que motivó a Isabel Solà Matas, una joven enfermera catalana, perteneciente a la Congregación de Jesús-María, a estar dieciocho años en Guinea y ocho en Haití, hasta que fue asesinada. Durante todos estos años de entrega, dejó su estela de bondad y servicio, y, gracias a ella, por ejemplo, existe ahora el Proyecto Haití, un centro de atención y rehabilitación de mutilados que fabrica prótesis para los haitianos que no tienen recursos. La conocían como «la monja de los pies», porque, gracias a ella, muchos haitianos pobres habían tenido una segunda oportunidad. Casi ochocientos años separaban a san Serapión de Isabel Solà, y, en ocho siglos, el mismo alto ideal de servicio y entrega los motivaba, empujados por la creencia en un Dios de amor.

Y como Isabel, tantos otros misioneros, monjas, curas y seglares, muertos en cualquier rincón del mundo, asesinados, abatidos por virus terribles, caídos en las guerras de la oscuridad. Cómo no recordar al hermano Manuel García Viejo, miembro de la Orden de San Juan de Dios, que, después de 52 años dedicados a la medicina en África, se infectó del ébola en Sierra Leona y murió. O a su compañero de Orden Miguel Pajares, que desde los doce años dedicaba su vida a los más pobres y que regentaba un hospital en una de las zonas de Liberia más castigadas por el virus. Todos ellos, caídos en el servicio a la humanidad, motivados por su fe religiosa y por la bondad de su alma. Isabel, Manuel, Miguel son la metáfora de lo que significa el ideal del misionero: el de amar sin condiciones, ni concesiones. Si Dios es el responsable de tal entrega completa, de tal sentimiento poderoso que atraviesa montañas, identidades, idiomas, culturas, religiones y fronteras, para aterrizar en el corazón mismo del ser humano, si Dios motiva tal viaje extraordinario, cómo no querer que esté cerca de nosotros, incluso cerca de aquellos que no conocemos el idioma para hablarle.

Decía Isabel Solà en 2011, en un vídeo-blog para pedir ayuda para su centro de prótesis: «Os preguntaréis cómo puedo seguir viviendo en Haití, entre tanta pobreza y miseria, entre terremotos, huracanes, inundaciones y cólera. Lo único que podría decir es que Haití es ahora el



único lugar donde puedo estar y curar mi corazón. Haití es mi casa, mi familia, mi trabajo, mi sufrimiento y mi alegría, y mi lugar de encuentro con Dios».

No encuentro palabras más intensas para describir la fuerza grandiosa del amor. He dicho al inicio de este pregón que no soy creyente en Dios, y esta afirmación es tan sincera como, seguramente, triste. ¡Estamos tan solos ante la muerte los que no tenemos a Dios por compañía! Pero soy una creyente ferviente de todos estos hombres y mujeres que, gracias a Dios, nos dan intensas lecciones de vida, apóstoles infatigables de la creencia en la humanidad. El papa Francisco ha

pedido, en su Mensaje para este DOMUND, que los cristianos «salgan» de su tierra y lleven su mensaje de entrega, pero no porque los obliga una guerra o el hambre o la pobreza o la desdicha, como tantas víctimas hay en el mundo, sino porque los motiva el sentido de servicio y la fe trascendente. Es un viaje hacia el centro de la humanidad. Esta llamada nos interpela a todos: a los creyentes, a los agnósticos, a los ateos, a los que sienten y a los que dudan, a los que

creen y a los que niegan, o no saben, o querrían y no pueden. Las misiones católicas son una ingente fuerza de vida, un inmenso ejército de soldados de la paz, que nos dan esperanza a la humanidad, cada vez que parece perdida.

Solo puedo decir: gracias por la entrega, gracias por la ayuda, gracias por el servicio; gracias, mil gracias, por creer en un Dios de luz, que nos ilumina a todos.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.